



José Iranzo en Córdoba en 1937 durante la Guerra Civil.



José y Pascuala el día de su boda en Andorra el 16 de septiembre de 1939.



Durante el Servicio Militar Obligatorio en Zaragoza en 1940.

Su formación en la jota

El joven José Iranzo cantaba jotas "a su manera", con una potente voz, mientras apacentaba el ganado en el campo o en las meriendas con los amigos. Pero las circunstancias históricas que vivió –la Guerra Civil primero y la obligatoria prestación del servicio militar más tarde– le condujeron por caminos inesperados, en los que pudo aprender técnicas y estilos, habilidades de las que supo sacar partido sin perder su pasión inicial. Años después, cuando ya era un jotero reconocido, seguía cantando por el monte ("para probarse la voz y llegar a los tonos altos", porque la naturaleza le parece "el teatro más grande") y también en grupo en la calle, en las rondas, pues esta ha sido siempre su manera favorita de entonar las coplas.

A mediados de mayo de 1937, con el pueblo inmerso en el bando republicano en plena guerra civil, los jóvenes de su quinta fueron llevados en camión a Alcañiz y al día siguiente en tren hasta Pozoblanco (Córdoba). La partida fue precipitada, iban sin dinero, sin equipajes y el viaje duró tres días. Comían naranjas en las estaciones de Castellón y Valencia, y pasaron el trayecto oyendo las jotas que cantaba Iranzo, que les contagiaba así su buen talante. En el destino les dieron un fusil y una instrucción mínima antes de llevarlos al frente, que no era muy conflictivo. Algunos compañeros cuentan que Iranzo era muy madrugador, cantaba jotas a todo pulmón en cuanto se levantaba y pasaba muchos ratos tocando la armónica. Desde las trincheras del bando contrario a veces les pedían "que cante una jotica el cantador".

La guerra avanzó e Iranzo se vio en un campamento en la ciudad de Córdoba antes de ser licenciado en Villena (Alicante) en zona nacional. Estuvo 13 meses fuera de casa y ha afirmado que no se le olvidan porque los contó "día a día, hora a hora, minuto a minuto". La separación había supuesto un gran trastorno familiar, con su madre casi anciana y su hermano Martín a cargo de todo el trabajo agrario y doméstico. Cuando por fin pudo

regresar a casa, José retomó sus labores de pastor y siguió adelante con los planes de boda.

José Iranzo y Pascuala Balaguer se casaron el 16 de septiembre de 1939 a las 7 de la mañana en la iglesia de Andorra, él de negro y ella con mantilla (fue la primera boda celebrada en el pueblo tras la guerra). A las 8 salieron en el *Correo* hacia Zaragoza, donde estuvieron tres días, "hasta que se acabaron las perras". La pareja alternaba la residencia en la casa familiar de Pascuala, en la calle Baja, con la masada del Ventorrillo, donde José se hizo cargo del ganado. Pocos meses después de la boda, en junio de 1940, fue llamado para cumplir el servicio militar obligatorio. De nuevo tenía que abandonar sus quehaceres, pero este episodio tuvo consecuencias positivas en su vida, fue el detonante de su futuro como jotero y el comienzo de una época que ha recordado con afecto y entusiasmo.

Lo cierto es que tras soltar una primera jota al bajar del tren le auguraron: "¡Qué pocas guardias vas a hacer!". Y sus propios relatos y los de sus compañeros manifiestan que la voz de José Iranzo, que estallaba en la cantina del cuartel del Carmen, llamó la atención de un teniente que lo puso a su servicio para tenerlo cerca "cuando venga el general o el coronel". Los ratos que podían salir, Iranzo y los compañeros (compartía campamento con doce de Andorra, pues la quinta del 36 era muy numerosa) iban a alguna taberna. Recuerda que en el bar Félix, en el barrio del Arrabal, cantó una jota, se arremolinó la gente y no se daba abasto para servir a los clientes. El dueño le ofreció 15 pesetas por cantar por las tardes. En esa época se compró una guitarra y luego un acordeón.

En esos primeros meses (por entonces la mili duraba dos años), José asistió a unas clases de alfabetización que impartían dos jóvenes jesuitas. En aquellos años la tasa de analfabetismo era muy alta y casi el noventa por ciento de la población rural carecía de estudios primarios. Los maestros les



Una de sus primeras actuaciones junto al grupo de jota de Pascuala Perié, con Santiago Zapata, en 1943.

preguntaron qué les gustaría aprender y José contestó que, sobre todo, a contar, "a saber cuánto te queda si vendes una res". Estos maestros debían de ser buenos pedagogos porque, en efecto, les enseñaron cuentas con problemas que describían ese caso real de criar y vender corderos, "nos ponían unos problemas de rebaños de ovejas y de cabras que daban gozo". También aprendió a leer y escribir, arte indispensable para estar en contacto con su esposa y su familia, y que practicó asimismo escribiendo cartas para otros compañeros que querían enviarlas a sus novias. (En su viaje a Bélgica, cuando Iranzo ya era conocido como el Pastor de Andorra y había grabado un primer disco, un ciudadano belga, Antonio Bühler, que tenía una copia de esta grabación quiso que el jotero se la firmara. José le dedicó el disco con lenta escritura, se hicieron amigos y desde entonces intercambiaron correspondencia. Bühler confesaba en una entrevista que las cartas de José, escritas con esfuerzo en el monte mientras cuidaba las ovejas, eran mucho más largas que las suyas).

Aconsejado por el sargento César Ballesteros, que tras oírlo cantar le dijo que debía asistir a clases y concertó una entrevista-audición, José Iranzo fue a la Escuela Municipal de Jota de Zaragoza en septiembre de 1941. La enseñanza de canto estaba en manos de Pascuala Perié desde la creación de dicha Escuela en 1940 por iniciativa del Ayuntamiento zaragozano. La soltura con que José se desenvolvía cuando cantaba jotas en la calle se transformó en timidez e inseguridad cara a cara con la ilustre jotera. Era consciente de ser un cantador aficionado, que todavía no había aprendido música. Este episodio es decisivo en su vida, porque fue capaz de superar un miedo paralizante y el sonrojo de no hacerlo bien a la primera.

Pascuala Perié impartía las clases en la calle Barrioverde, en el barrio de la Magdalena. José acudió acompañado de su amigo Francisco Lahoz, llegaron en tranvía hasta sus inmediaciones y al aproximarse a la casa oyeron a alguien cantar. Así lo explicaba José: «¡Qué voz, madre mía! Me acobardé y le dije al amigo que me acompañaba: "Vámonos de aquí". Pero el otro insistió: "Tira para arriba". Estaba allí María Pilar Lasheras, una chica de Movera que cantaba extraordinariamente. Yo ya me convencí de que aquello no podía ser. Cuando todos se fueron, Pascuala Perié dijo: "Que cante el mili-

tar". Enganché a cantar y todos se pusieron a reír y a llorar de la risa. A los músicos la guitarra se les caía de las manos. Pascuala comentó: "Tienes una voz muy grande, pero muy desentonada". Yo era un salvaje, temblaba el piso. "Esto va a ser difícil, niño", dijo la Perié. "Perdone por esto, señora. Paco, vámonos". Me pidió que cantase otra jota y ya lo hice un poco mejor. "¿Tienes interés en cantar?". "Sí, claro que sí". "Si tienes interés, has de cantar mucho". Luego me preguntó si tenía las tardes libres, las tenía, y me dijo que me iba a dar clases todos los días, pero que tendría que pagarle el doble, 40 pesetas. El sargento aseguró que me pagaría él el primer mes. Cuando la Perié se enteró de que cantaba en un bar, me dijo que debía dejarlo, que así se estropeaba la voz» (entrevista de Antón Castro en 1999).

Como José tenía buen oído (cree que la práctica con la armónica se lo había desarrollado), aprendió pronto a entrar a tiempo con la música y a dominar varios estilos. Y desarrolló su capacidad natural para crear letrillas originales, para improvisar la letra de una jota en pocos segundos. Con solo veinte clases, actuó en el Teatro Principal: "Ensayé tres coplas, pues no sabía otras, y entonces, después de cantar, me llamó el empresario". Le ofreció cien pesetas y desde entonces pudo costear por sí mismo sus clases de jota. El primer traje de baturro que vistió Iranzo fue el del cantador andorrano José Moreno, el Niño Moreno, se lo compró a su hermana, junto a la guitarra, por 20 duros.

Pascuala Perié le propuso su primer viaje a Madrid a un festival folclórico en el que participó junto a los grandes cantadores José Oto, Felisa Galé, Conchita Pueyo y Antonio Royo, el Chato de Casablanca. En esta y otras actuaciones, Iranzo cantaba el primero (al contrario de lo que sería normal más adelante, cuando cerró muchos espectáculos), lo que le evitaba los nervios de la espera y le ayudó a extraer provechosas enseñanzas. Fue una experiencia muy valiosa para su aprendizaje. En 1942 se licenció del servicio militar y regresó al pueblo, pero mantuvo una estrecha relación con Perié, que le incluía en las representaciones de su grupo, junto a la rondalla de Florencio Santamaría. Al mismo tiempo, retomó su vida de pastor y fue recuperando el patrimonio perdido en la guerra.